

Rivera

Publicación de participación comunitaria

PACHANGA, CONVIVIO E IDENTIDAD



Ilustración: Cristina García Castillo



ERIKA FLORES
Trabaja en la colonia

Luis Roberto y Pedro pasan en promedio cuatro horas diarias practicando trucos (piruetas) en su patineta; los fines de semana le dedican todo el día. No es mucho ni poco tiempo, dicen, solo el necesario si quieren progresar y destacar en el “skatódromo” ubicado en la Ribera de San Cosme. Es como su segunda casa, aquí no importa el tráfico ni los claxonazos de los autos que son ignorados bajo el rodar de las ruedas y los sonidos secos de las caídas por las rampas.

¿Calor? En este bajo puente de Circuito Interior solo hay sombra y una refrescante corriente de aire que agita el cabello largo de Luis Roberto, el joven



de 18 años que estudia sexto semestre de preparatoria para poder convertirse en biólogo. Honesto, confiesa “sí descuido el tiempo de la escuela pero creo que vale la pena porque hago algo que me gusta, andar en mi tabla me ha enseñado a ser más observador y perseverante”.

Su afición comenzó hace seis años cuando recibió como obsequio su primera patineta. Según sus cuentas, la que utiliza hoy es quizás la número cincuenta y destaca por sus ruedas color verde limón. “Es que cambio de tabla cada dos o cuatro meses, te das cuenta cuándo hacerlo porque ya no sientes igual el rebote o sientes la tabla como cartón”.

“Sí descuido el tiempo de la escuela pero creo que vale la pena porque hago algo que me gusta”

Según recuerda, los primeros skaters (patinadores) que vio estaban en una pista que acababan de construir en su colonia. Su primera impresión fue que surfearan el asfalto, aunque la descripción no es nueva pues la historia de este deporte -considerado extremo- refiere que el skate es justamente una variación del surf pero sin olas y con ruedas. De hecho, Luis Roberto luce así cuando patina: ágil, rápido, sacando partido a sus 54 kilos de peso contra su estatura de 1.70 metros.

En el skatódromo (oficialmente llamado skatepark) Luis Roberto encuentra

regularmente a sus amigos. “Se pone más chido cuando llegan ellos” dice. Pedro tiene 19 años y quiere ser ingeniero automotriz aunque ahora cursa el segundo cuatrimestre de prepa. Su vida como skate es cuestión de sumas y restas: aprendió a los 13, en tres años mejoró; un año estuvo fuera de circulación porque se fracturó un tobillo y fue necesario ponerle placa y clavos. Pero cuando pudo volver a caminar y trotar, lo primero que hizo fue subirse a la patineta otra vez.

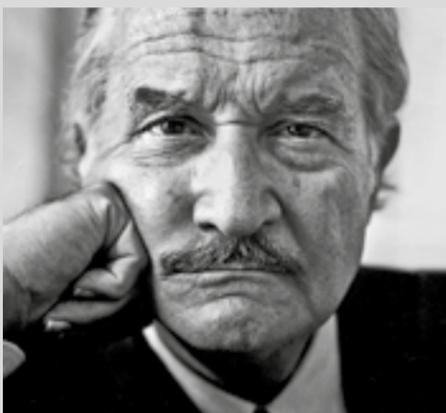
“Siempre salgo de casa con ella. Al principio me daba miedo lanzarme al vacío pero cuando los trucos te empiezan a salir sientes bonito y dices ¡A fuerzas, ya la hice!”. En este hobby -ne-

“Andar en mi tabla me ha enseñado a ser más observador y perseverante”

tamente masculino- un buen patinador se define por su estilo y dominio de las rampas. De ahí que la competencia y aprobación colectiva es la adrenalina de cada día: quién domina mejor la tabla en el piso y en el aire, quién brinca más alto, quién tiene más estilo para ciertos trucos, quién gira mejor, quién es el más rápido, quién, quién...✂



Crónica del Lugar



La pena de Carlos Fuentes

Cuando cuatro años más tarde los Wingate decidieron ir de vacaciones a Cancún, se detuvieron en la Ciudad de México para que Becky conociera el maravilloso Museo de Antropología. Pero la muchacha ahora una estudiante de diecisiete años, bastante descolorida a pesar de que imitaba a su madre y se pintaba el pelo de amarillo era muy curiosa y hasta liberada. Se con-

siguió un noviecito mexicano en el lobby del hotel y juntos se fueron a pasar un día a Cuernavaca. Era un chico muy apasionado y eso como que le molestó al chofer que los llevó, un tipo enojón e inseguro que trataba de asustar a los turistas con su velocidad en las curvas.

Ahora fue Becky la que animó a sus padres para caerle de sorpresa a Juan Zamora, el estudiante mexicano que vivió con ellos en 1981, ¿se acordaban? Cómo no se iban a acordar. Y como Tarleton y Charlotte Wingate sentían un poco de vergüenza por la manera como partió Juan de su casa, aceptaron la proposición de su hija. Además, el propio Juan Zamora los había invitado a visitarlo.

Tarleton llamó larga distancia a Cornell y pidió la dirección de Juan. La computadora universitaria se la dio enseguida. No era una dirección en el campo.

—Pero yo quiero conocer una hacienda —dijo Becky.

—Ésta ha de ser su town house —dijo Charlotte—. ¿Lo llamamos? —No —se alborotó Becky—, mejor vamos de sorpresa.

—Eres muy fantasiosa —contestó su padre—. Pero estoy de acuerdo. Quizá si lo llamamos, busque la manera de no vernos. Siento que salió con rencor de la casa.

El mismo chofer de turismo que llevó a Becky a Cuernavaca la condujo ahora con sus padres. El chofer tenía una sonrisa burlesca. Quién la hubiera visto el día anterior,

besuquéandose de lo lindo con un naco de miedo. Ahora, toda modosa la muy hipócrita, con esa pareja de gringos distinguidos —a veces se daba el caso— pero en busca de un lugar imposible.

—¿La colonia Santa María? —casi se rió Leandro Reyes, el nombre que Tarleton leyó y anotó mentalmente en el permiso de circular, por si las dudas—. Es la primera vez que alguien me pide llevarlo allí.

Atravesaron no sólo el espacio urbano grueso, amarejado, rumoroso como un río sin agua, de pura piedra suelta, no sólo penetraron la nata corrupta del aire pardo, también cruzaron los tiempos de México D.F. desordenados, anárquicos, inmortales: tiempo imbricado en su anterior y en su porvenir, como un niño que será padre de su descendencia, como un nieto que será la prueba única de que su abuelo caminó por estas calles: al norte siempre, por Mariano Escobedo a Ejército Nacional a Puente de Alvarado y la Estación de Buenavista, más allá de San Rafael, cada vez más bajo todo, más incierto entre su construcción y su derrumbe, ¿qué es nuevo, qué es viejo, qué está naciendo en esta ciudad, qué se está muriendo, son la misma cosa?

Los Wingate se miraron entre sí, asombrados, adoloridos. —Quizás hay un error.

—No —les dijo el chofer—. Aquí estamos. Es esa casa de apartamentos. —Sería más prudente regresar —dijo Tarleton.

—No —casi grita Becky—. Ya estamos

aquí. Me muero de curiosidad. —Entonces ve tu sola —le dijo su madre.

Esperaron un rato frente al edificio verde, color limón, necesitado de una buena mano de pintura. Tenía tres pisos y ropa colgada a secar en los balcones, una antena de TV y un expendio de gaseosas a la entrada. Una muchacha chapeteada, con delantal pero con permanente, se ocupaba de acomodar las botellas en la nevera. Un viejo pequeño, arrugado y con sombrero de petate, se asomó a la puerta y los miró con curiosidad. A cada lado, una balatería. Pasó un tamalero gritando rojos, verdes, de chile, de dulce y de manteca. El chofer -Leandro Reyes-, leyó Tarleton Wingate en el permiso. Hablaba interminablemente en inglés sobre deudas, inflación, el costo de la vida, devaluaciones del peso, merma de salarios, pensiones que no servían para nada, todo muy amolado. Salió Becky de la casa y subió con premura al automóvil.

—Él no estaba. Su madre sí. Se asomó a la ventana a ver el coche. Dijo que hacía mucho que nadie la visitaba. Juan está bien. Trabaja en un hospital. Le hice jurar que no le diría que estuvimos aquí ✂

Fragmento del libro
“La frontera de cristal”
de Carlos Fuentes

POLIANA El juego de la Vida

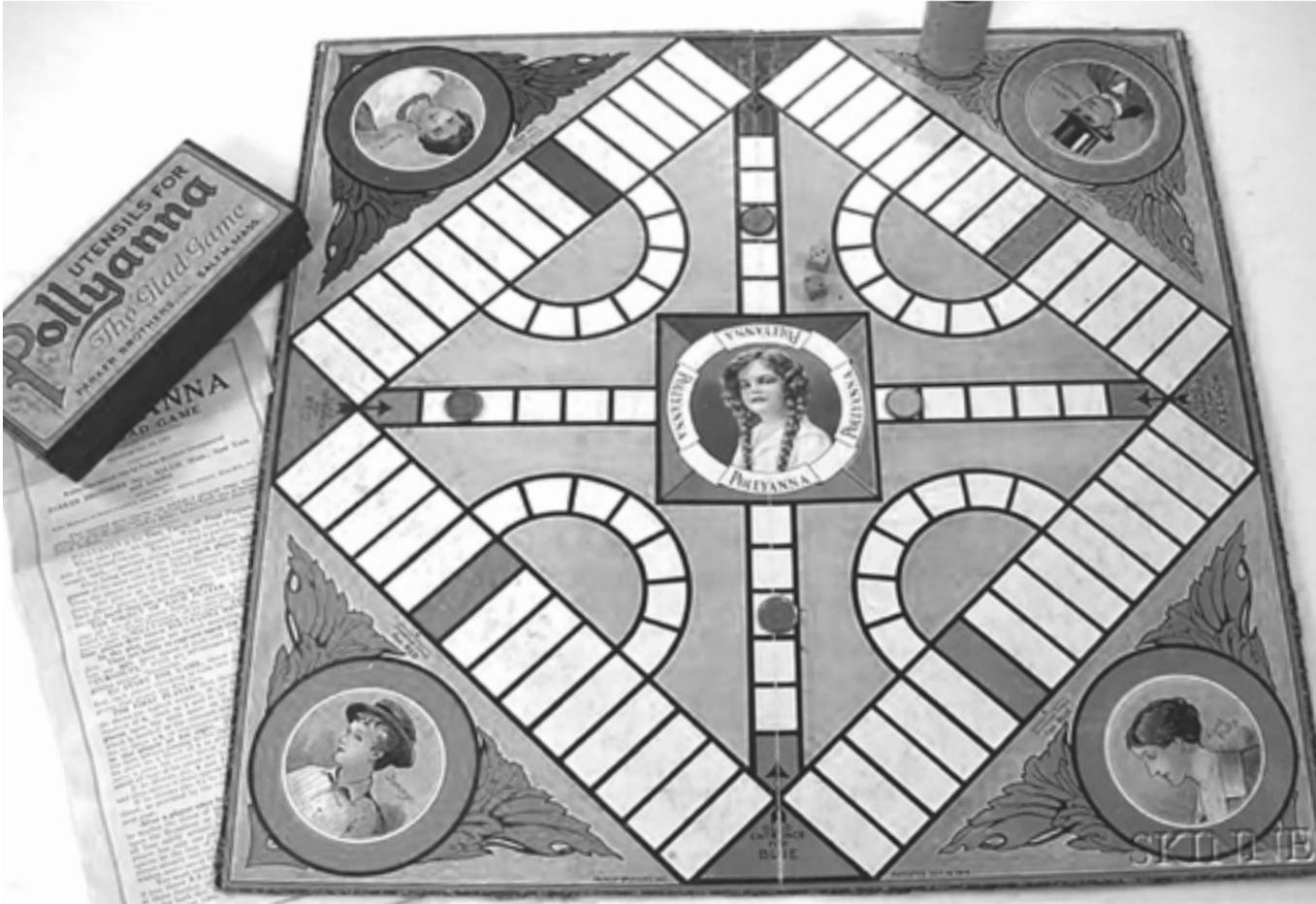
Rivera

Periódico comunitario de publicación mensual sobre espacio público, empatía ambiental, memoria histórica, economías alternativas, pertenencia, arte y patrimonio.

EDITORIAL

RAUL ANÍBAL SÁNCHEZ

Reggaetoneros, patinetos, hippies, bailes, sonideros, cumpleaños, fiestas vecinales, y hasta grupúsculos de personas que simplemente se sientan a tomar juntos el café de la tarde. La identidad barrial en la Ciudad de México siempre ha estado fuertemente relacionada al convivio y la pachanga, el desparpajo y el intercambio de ideas. Santa María la Ribera no podía no compartir esta historia. Desde quienes tienen un espacio identitario propio o los que se lo adueñan definitivamente, hasta los que intervienen el espacio público de manera espontánea: cierre de calles, elaboración de grafitis, los vecinos que hacen la colecta y las vecindades que durante una noche se llenan de globos. Todo esto hasta llegar a las versiones más refinadas y actuales del barrio: teatros ocultos, cabarets, colectivos, batucadas. Lejos de la visión de exotismo que esto conlleva ¿cómo funcionan estos procesos en la creación de identidad comunitaria? Si el proceso de identidad es una forma o estructura que se construye día con día, ¿la reunión o convivio puede entenderse como catarsis o culminación de este proceso?



RAUL ANÍBAL SÁNCHEZ
Vive en la colonia

El juego de la vida

Pollyana, poliana, polliana... nadie sabe cómo se escribe, pero sí cómo se pronuncia. Basta una pequeña búsqueda en Internet de notas en los periódicos nacionales para darnos cuenta de la variedad de grafías, y de que el sensacionalismo y la criminalización son temas que le acomodan a la desconocida palabra: "Poliana: El juego de la cárcel que conquistó las calles", "Poliana: el juego de la cárcel que adoptó Tepito", "Los ladrones, traficantes y hasta sicarios del barrio, además de niños y jóvenes se divierten con la Poliana", etc. Las ideas que más se asocian son "cárcel", "juego" y "barrio".

¿Qué es la Poliana?

Es un juego de tablero, que se juega con dados y fichas. Las reglas son complicadas pero fáciles de recordar y básicamente gana quien logre darle la vuelta al tablero con su ficha. A los vecinos de **Santa María la Ribera** les encanta jugar a la Poliana, y aunque saben de su asociación con el crimen por los periódicos, ellos niegan que sea así. Al caer la tarde se pueden ver pequeños grupos jugando en la alameda del Kiosco o calles aledañas, **Torres Bodet** o **Enrique Gonzalez Martínez**. Sentados en la banquetta juegan y celebran sus victorias o derrotas con concentración y entusiasmo. Un solo juego de Poliana puede durar hasta cuatro horas.

Todos los tableros son hechos a mano y los diseños pueden pasar del muy sencillo tablero dividido en sus correspondientes casillas y colores a los tableros temáticos de formas estrafalarias: soles aztecas, cruces de malta, mujeres semidesnudas, castillos medievales. En la página de internet MercadoLibre se pueden encontrar a la venta algunos de los más inusuales, con precios que van de los 2 mil a 3 mil pesos, verdaderas creaciones del arte popular.

La verdadera historia

Las notas de los periódicos recogen los chismes e inventos de muchos vecinos, que ayudan a darle a la Poliana ese aire de misterio. Que si el juego lo inventó el diablo, que si un traficante colombiano lo trajo a **México**, que fue el mismo **Chapo Guzmán** quien lo introdujo en las cárceles allá en los años 90 antes de la primera de sus fugas.

Pero la historia comienza un poco más lejos, en 1913 para ser exactos, cuando se publicó en Estados Unidos la novela *Pollyanna* de **Eleanor H. Porter**. Cuenta la historia de una niña llamada Pollyanna, quien queda huérfana y es enviada a vivir con su estricta Tía Polly. Pollyanna, educada con optimismo por parte de su padre, usa el juego de encontrar el lado bueno de cualquier situación para alegrar la vida de todos los que la rodean (*Glad Game*), empezando por su Tía Polly y otros tristes personajes cuyas vidas van cambiando gracias a la adorable huérfana. El libro fue un éxito en cuestión de días, tuvo numerosas secuelas y hasta una película, filmada en

1960 y distribuida por Buenavista. De hecho, el filme puede verse completo en YouTube pues tiene derechos liberados.

Para 1917 Pollyanna tenía ya dos significados diferentes en inglés, el primero describía a una persona exageradamente optimista (hasta el punto del peligro) y el segundo era un tipo de juego de mesa, publicado por **Parker Brothers** poco después del lanzamiento del libro. Aunque el arte del juego y la temática estaban basados originalmente en la novela, las numerosas reediciones que conoció el juego de mesa fueron consiguiendo que se apropiara del nombre para sí mismo y se fuera olvidando que también pertenecía a la novela.

El juego en sí es una variante del **Parchis**, un juego de tablero inventado en la India hace cientos de años. La Poliana sin embargo tiene numerosas variaciones que lo hacen un juego largo y difícil, tal vez por eso se asociaba temáticamente en un comienzo con la vida de la huérfana y ahora con la de un hombre que desea salir de la cárcel. Pero no nos adelantemos.

Hechos a mano

Los vecinos con los que platicué desconocían esta historia. Y no es de extrañarse, Parker Brothers dejó de producir el juego en 1967, así que todas las Polianas existentes en México y cualquier otro país de Latinoamérica deben estar hechas a mano y debieron comenzar a construirse a partir de 1970. No es de extrañar que fuera un hobby que se perpetuara en las cárceles: los talleres de carpintería, los tiempos muertos y la necesidad de emociones hicieron la com-

binación perfecta. Además, el tablero de la Poliana es fácil de recordar una vez aprendidas las reglas, un conocimiento que podía pasarse de boca en boca con gran facilidad.

Un vecino me contó que su tablero tenía más de 20 años, pero como muchas cosas en la vida lúdica del país, la Poliana se juega por temporadas. Me parece que no es que la Poliana haya salido de la cárcel al barrio, sino que nunca se ha ido del barrio y de ahí entró en la cárcel.

Como sea, este es un juego divertido, basado en una novela para niños. Su llegada a nuestras calles era harito improbable, como lo era la de su antecesor el Parchis y que tuvo que atravesar siglos, continentes y guerras para entrar a nuestro imaginario. Y sin embargo aquí está entre nosotros y algunos niños aprenden ya a jugarlo.

Los vecinos gritan de emoción cuando alguien logra empatar una tirada doble con los dados, todos menos aquel que quería recuperar los cinco pesos que había apostado, horas antes. Ríe con resignación aceptando su derrota. Después de todo, mañana será otro día y ya está pensando en jugar la revancha ♡



Celebra el Mercado La Dalia su Aniversario

REDACCIÓN

El día 5 de marzo de 2017 se cumplen 57 años desde que el **Mercado La Dalia** abriera las puertas de su nuevo edificio, creado en sustitución del espacio original, que había estado en pie desde 1925.

Para festejar los aniversarios la Mesa Directiva del mercado acostumbra organizar una celebración religiosa y posteriormente invita a conjuntos musicales a amenizar las festividades para el público en general. En ocasiones, algunos locatarios ofrecen regalos a su clientela. Al margen del perfil específico de las celebraciones de este año, extendemos una invitación a todos los vecinos a que celebren con su marchante favorito la persistencia de este espacio de comercio y encuentro comunitario en la **Santa María la Ribera** ✓

Si te interesa colaborar en este periódico, tienes propuestas gráficas o escritas, puedes contactarnos en:

www.facebook.com/riveraribera01
riveraribera01@hotmail.com

TIEMPO DE VALS



SALVADOR DE LA PARRA
Vive en la colonia

Tocaron a la puerta: “buenas, don Salvador, ¿cómo le va?”. Era Tita, la vecina del 72. Tita era una muchacha que vi crecer desde que me mudé a Santa María la Ribera, hace ya más de quince años. La verdad es que casi no conozco a los vecinos. Digamos que sólo conozco a doña Margarita, la mamá de Tita, que me ayudó alguna vez a curarme un empacho y al Pichigüas, el viene-viene que me consigue pastillas para dormir.

—Dígame Tita, ¿en qué le puedo ayudar? — le dije con mi taza de café en la mano. Ay don Salvador, ¿puedo pasar? Es que no sé qué hacer. Me respondió frotándose las manos de angustia. La dejé entrar y se quedó como asombrada de ver tantos libros y papeles viejos.

—Siéntese, siéntese ¿le ofrezco algo? ¿café, té, un vasito de agua? Perdón por el desmadre, Tita, es que no ha venido la señora que me ayuda. Pero siéntese, siéntese. Déjeme quitarle estos papeles de la silla. Ya, mucho mejor... ¿decía usted? —Tita se sentó, casi como a punto del patatuz.

—Don Salvador, ya sé que no nos conocemos muy bien, pero pues quería pedirle un favor... —Se detuvo un momento, yo hice como que esperaba a ver qué decía. —...¿Y bueno? ¿Qué es?— solté por fin. —Pues quería saber si usted podría ser mi padrino de vestido para mis quince años. Es que don Fermín, el que iba a ser mi padrino, se enfermó y el dinero se le fue en las medicinas. Además, me dijo que ni iba a poder ir de lo malo que estaba. ¿Cómo ve? Y no puedo quedarme sin vestido. ¿Ha visto

usted alguna quinceañera sin vestido? Verdad de dios que no. Se me ocurrió que usted podría ser un buen padrino y me da mucha pena pedirselo, pero ya no tengo a quién recurrir— dijo casi al llanto. Entonces la muchacha sólo vino porque yo era su última opción, pensé, habrase visto tal descaro. Debí negarme, decirle que no, sacarla por cínica, no, no y no...— Pierda cuidado Tita, yo seré su padrino de vestido con mucho gusto...— Animal, animal, nunca fui tan animal. Pero en fin, la muchacha salió como el jibarito, loca de contento y yo me quedé dándole vueltas a la burrada que acababa de hacer. Yo, catedrático de filosofía analítica y divorciado tres veces, entre mis escudos de nobleza ahora también padrino de vestido de quince años, hay que ver.

El tormento comenzó con ir al Centro Histórico, a un costado de Santo Domingo, donde se encontraba la tienda que proveería del precioso vestido. Pensé sólo en darle el dinero, total, por mí que usara un saco de papas, pero ante la mirada piadosa de doña Margarita, tuve que aceptar la invitación. Llegamos y la muchacha se lanzó, tendida como flecha, a probarse el vestido que había apartado. Después de pelearse porque el corsé le apretaba más que antes, Tita salió con un vestido rosa, pero no rosa pastel, sino rosa coral o como decimos en mi pueblo “chíngame la pupila”. No sé qué cara de espanto puse que la pobre muchacha casi se suelta a llorar. Después de ver más y más vestidos, aprobé uno muy discreto en tonos ligeramente dorados y cafés que le sentaba de maravilla tanto a su complexión como a su tez morena que necesitaba ser resaltada. Sólo quiero quejarme hasta aquí de una última cosa:

ah pero qué pinches caros están los vestidos de quince años. Y ya, pasemos a la fiesta.

Primero fue la misa en la Sagrada Familia de Santa María la Ribera, yo nunca he comprendido bien como para qué se hace, pero en fin, ahí estábamos la cuadrilla bien formada donde el padrino de padrinos encabezaba al resto: padrino de copas, madrina de pastel, padrino de vestido, madrina de maquillaje, padrino de sonido, madrina de arreglos, padrino de la última muñeca, madrina de arroz y mole con pollo, padrino de salón (o de casa), madrina de invitaciones, padrino de cambio de ropa (mi competencia), madrina de zapatos y, hasta el fondo, padrino de recuerditos.

La bola se fue caminando unas cuantas cuerdas y un alevoso casi atropella a la quinceañera con todo y chambelán de honor. Llegamos al fin a la calle de Chopo, donde la fiesta comenzó y yo sólo pude recordar la letra de mi tocayo el gran Chava Flores:

El papá, Melquíades Escamilla, la danza inició /

se vació regando la polilla por todo el salón /

y después Cateto y Espergencia siguieron el vals /

y ahí te van las damas de la mano de su chambelán.

Cuando terminó el primer vals, Tita pidió el micrófono y dijo entre lágrimas: —quiero agradecer a mi padrino de vestido, el señor don Salvador de la Parra, que hoy está aquí con nosotros y gracias a él, mi sueño se hizo realidad. Y pues quiero bailar con él esta canción... — Casi me voy de espaldas cuando dijo eso y todo mundo comenzó a aplaudir... pero qué cosas... me jaló de la mano mientras los altavoces tocaban una pieza de un tal Chayanne llamada “tiempo de vals”... no, qué cosa, el horror, el martirio, el suplicio de un santo. No cabe duda que con esto pagué todo lo que le hice a mis ex esposas y más, mucho más, me voy a ir derecho al cielo.

Pero mayor fue mi sorpresa cuando terminó la canción y todo el mundo se acercó a abrazarme: “qué bárbaro don Chava ¿le puedo decir Chava? qué buen bailarín, qué porte y qué buen corazón”... me decían las señoras en parvada mientras sus esposos me ofrecían “un tequilita o una cuba ¿qué prefiere? Pues le doy los dos y usted decide”... y así acabé. Al otro día, doña Margarita me llevó unos chilaquiles con huevo que me regresaron el alma al cuerpo y al salir por el portón rumbo al puesto de periódicos, los vecinos me saludaban... ah pero qué cosas... por primera vez en mi vida me sentí en casa ✓

ENTRE GLOBOS DE QUIEN SABE QUÉ



MARIANA ORANTES
Vive en la colonia

La cultura mexicana está determinada por sus fiestas y pachangas: desde las procesiones donde la gente regala ponche con o sin piquete y entre la multitud

bailan sin parar los chinelos, hasta la cotidiana celebración del aniversario de la caguama. Todo es fiesta. Y es de las apropiaciones más efectivas que tenemos. La calle no sólo es calle, la calle es escenario, pista de baile, salón de xv años, sala para ver el fútbol y cantina la más de las veces.

No hay separación y la comunidad no queda aislada: si es en la calle, cualquiera puede asistir. No se trata de lugares selectos con acceso restringido. No. La calle es democrática, como el buen tianguis donde se ofrecen los productos del día a día, así también la calle recibe la pachanga y sus expresiones.

Es cierto que en todo el mundo se vive el carnaval o los desfiles que incluyen fiestas, pero en pocos lugares la fiesta de barrio tiene características tan especiales. Pasó la Candelaria con sus tamales, sus niños bien vestidos, su cotorreo: “órale, a ti te salió el niño en la rosca, te tocan los tamales y a Raúl le toca llevar una botella pal desempance”. Sigue el puente para celebrar el centenario de la Constitución, fiesta poco conocida pero muy celebrada; más adelante, el 14 de febrero, excusa para juntarse y arrejuntarse con chocolates, globos y flores para el ser amado. Además, entre fiesta y fiesta oficial, se asoman las no oficiales: bautizos, xv años, bodas, aniversarios, funerales, oh el ciclo de la vida amenizado por la banda **Los Cochis de la Sierra** o por el **Sonidero La Changa**.

30 de abril: “ah no, si los escuincles se celebran, yo también”. Día de las ma-

dres: “a doña Cholita que ya cumplió los 70 años le gustan los mariachis a las 12 de la noche, hay que cooperar”. El santo del barrio: “hay que armar una pachanga digna de la divinidad”. San Juditas: “no es asalto, buscamos cooperación voluntaria obligatoria para celebrar al santo de las causas perdidas”. 15 de septiembre: “¡viva México jijos del maíz! Pero Noel eso es hasta en la madrugada. No le hace, hay que ir ensayando”. Día de muertos: “órale José, ya se nos hizo tarde pal jalogiín, mete a Joselito, ya es muy tarde pa pedir dulces”. Día de la Virgen: “a doña Cholita le gustan las mañanitas para la virgen a las 12 de la noche, hay que cooperar”... y así.

Además, es un buen pretexto para conocer a los vecinos. La identidad de la vecindad se diluye cuando los vecinos no se conocen, pues en las migas sociales, en el pase mágico de baile, el cotorreo y hasta en la cuba amistosa, anida una fuerza social poco estudiada. Los vecinos se hacen amigos y se celebran, pero también se ayudan, se defienden, se organizan. Y es ahí donde radica el verdadero sentido de la fiesta del barrio.

Y hoy, ¿usted va a poner la casa o mejor salimos a la tienda y que don Toño nos abra el local? ✓

ESPECIAL DE ARQUITECTURA

LA CIUDAD QUE BROTA ENTRE LAS GRIETAS



Las colonias Santa María la Ribera, San Rafael, Cuauhtémoc y Juárez han sobrevivido glorias y desastres, aquí la ciudad florece entre las grietas



MARIO BALLESTEROS
Vive de la colonia San Rafael

El área que abarca las colonias **Santa María la Ribera, San Rafael, Cuauhtémoc y Juárez**, es de las más resilientes de la **Ciudad de México**: una zona que ha sobrevivido glorias y desastres. Aquí la ciudad florece entre grietas físicas, pero también temporales y existenciales. Como se preguntaba uno de los personajes de La frontera de cristal de **Carlos Fuentes**, al pasear por estos barrios: “¿Qué es nuevo, qué es viejo, qué está naciendo en esta ciudad, qué está muriendo, son la misma cosa?”.

Todo empezó con la **Colonia de los Arquitectos**, diseñada a finales del siglo XIX para que los proyectistas de la **Academia de San Carlos** construyeran sus casonas beaux-arts en terrenos que habían sido ejidos y ranchos. La colonia creció hasta abarcar lo que hoy es la San Rafael, donde los residuos coloniales, como la **Casa de Mascarones**, o antiguos cascos de hacienda, como el de la Ex Hacienda de San Rafael, compitieron en esplendor con las casonas y palacetes públicos del Porfiriato, como el **Museo del**

Instituto de Geología de la UNAM, con su ejemplares minerales y lienzos botánicos de **José María Velasco**.

En algunos casos se importaron no sólo los estilos, sino edificios enteros. El **Kiosco Morisco**, antes de aterrizar en la Alameda de Santa María la Ribera, fue el pabellón de México en la *Exposición Internacional de Nueva Orleans* de 1884 y en la *Feria de San Luis Missouri* de 1902. La estructura desmontable de acero del **Museo Universitario del Chopo** se trajo completita de Alemania, para albergar el primer **Museo Nacional de Historia Natural** de la ciudad.

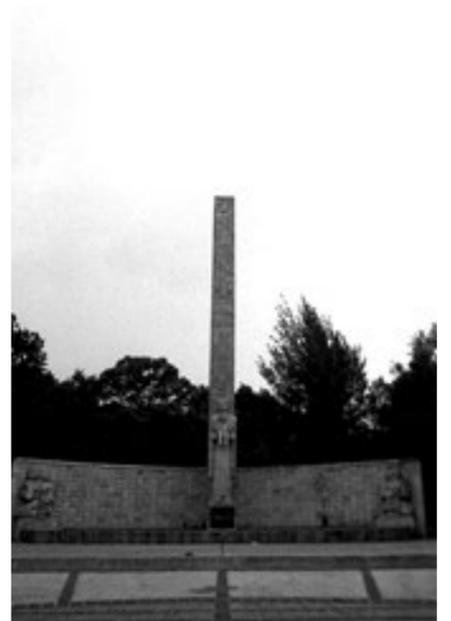
Otros ejemplos de arquitectura característica de la zona son las privadas, que surgieron con la primera ola de especulación inmobiliaria, como la Privada Roja o la Privada Blanca en la San Rafael. Algunas de ellas se construyeron por encargo de industrias para sus trabajadores, como la encantadora Privada Mundet o los elegantes edificios de departamentos de la tabacalera **El Buen Tono** (Edificio **La Mascota**).

Después de la Revolución, estas colonias fueron terreno de prueba para los primeros ensayos de la arquitectura moderna en México. Ahí construyó **José Villagrán** su casa, hoy ensandwichada entre edificios medianos, y olvidada detrás de su espartana fachada. También hubo ejercicios colaborativos,

como el de la **Plaza Melchor Ocampo**, en la colonia **Cuauhtémoc**, donde se construyó, entre 1939 y 1945, un pequeño baluarte del Estilo Internacional mexicanizado que sobrevive hasta hoy, a duras penas, y en el cual participaron **Luis Barragán, José Luis Creixell, Max Cetto, Augusto H. Álvarez, Juan Sordo Madaleno** y **Enrique del Moral**.

En lo que alguna vez fueron los terrenos de la Estación Colonia, Barragán edificó dos casas y un conjunto residencial y comercial; después asesoró a **Mathías Goeritz** en la construcción de su excepcional edificio/escultura hecho para el **Museo Experimental del Eco**. A unos pasos de ahí, **Miguel Alemán** inauguró el **Monumento a la Madre**, que incluye las esculturas matriarcales aztec decó de **Sebastián Peiro Rodríguez** y **Félix Candela**, quien construyó uno de sus característicos paraguas de concreto para la distribuidora Autos Francia —que se mantiene, aunque ahora como Bodega Aurrera—. En la esquina de **Sullivan** con **Insurgentes**, **Mario Pani** erigió su dramático Hotel Plaza.

En las décadas de los cincuenta y sesenta, se multiplicaron en estos rumbos las aspiraciones cosmopolitas, perfectamente encapsuladas por Mario Pani en el hermoso edificio de departamentos de **Río Balsas 37**, con su fachada de ladrillo, ventanas redondas, columnas blancas y *roof gardens*; o en el Con-



dominio **Reforma Guadalquivir**. Pani tuvo ahí sus oficinas y se encariñó tanto con sus grandes ventanales y celosías tropicalosas, que después construyó una torre gemela en el otro lado de Reforma.

Después vino un largo periodo de decadencia y abandono que arrancó con el éxodo a barrios más nuevos y prometedores, como

Polanco y **Las Lomas**, y se intensificó con el terremoto de 1985. El rescate del área lo encabezó la UNAM, que recuperó el **Chopo** en 1975 para crear un museo de arte experimental. En 1980, se inauguró el **Tianguis Cultural del Chopo**, que los sábados ocupa la calle de **Aldama, Buenavista** —uno de los ejemplos de arquitectura temporal más activos y fascinantes de la ciudad—. En 2010, la universidad comisionó a **Enrique Norton** para ampliar el museo, quien además, en 2014, se encargó de la recuperación del Museo Experimental del Eco. La otra pieza estrella en el entramado cultural de la zona es la **Biblioteca Vasconcelos**, de **Alberto Kalach**, que con sus estanterías flotantes y bravura futurista hace pensar más en un set de película de ciencia ficción que en una sala de lectura.



Respuestas al cuestionario

En el número anterior planteamos un cuestionario a nuestros lectores para conocer sus hábitos de consumo y su relación con el mercado local. El primero en responder fue el vecino **Héctor Carreto Ramiro**, de 34 años, quien se hizo acreedor a un paquete de libros.

- 1.- Generalmente no llevo bolsas, aunque procuro cargar mi mochila siempre, por practicidad y comodidad
- 2.- No, sólo veo la calidad los productos que se venden, nunca pienso en las condiciones procedencia
- 3.- Pocas veces, trato de recuperar algo, vendiendo o cambiando por otros artículos
- 4.- Desinterés de la población

Vecino ¿tienes alguna anécdota divertida sobre una fiesta barrial?

Escríbela con una extensión de entre 300 y 400 palabras y mándala a:

riveraribera01@hotmail.com

Las mejores se publicarán en el siguiente número y se harán acreedoras a un paquete de libros

Profesiones, quehaceres y trabajos en Santa María la Ribera

CARTOGRAFÍA DEL OFICIO

Payaso

Mi nombre es **Mauricio A.** y con mi familia, desde muy niño, hemos trabajado en los asuntos de la feria y principalmente en el mundo del Show business con trabajos de payasos.

Los payasos en la **Ciudad de México** desde hace tal vez cuarenta años se pueden dividir en tres grandes gremios. El primero, el más importante, es el de los circos de renombre. La mayoría de los payasos en este gremio provienen de familias que llevan generaciones trabajando y son un círculo muy celoso. El otro gremio es el que está de moda y se ha reproducido en los últimos años: el de los clowns, los artistas, los que están en el teatro, hacen ferias culturales, estudiaron pantomima, se la pasan en **Coyoacán**, han ido a **Francia** y hacen puras pendejadas. Y el tercer gremio, el menor, al que yo –afortunada o desafortunadamente pertenezco–, es el del payaso de las fiestas infantiles, los que anuncian los negocios, bailan junto al Doctor Simi, los que hacen globos en los restaurantes, los payasos del mercado de Sonora.

“Comencé a los seis o siete años en la feria, con mi abuela”

Cumplí 28 años de edad el pasado marzo y si mal no recuerdo comencé a los seis o siete años en la feria, con mi abuela, en la vendimia de fritura. Eso me daría casi veinte años de trabajo. Tengo un disfraz que tiene 75 piezas entre zapatos, calcetas, ligeros, calzoncillos, cinturón, trucos y peluca. Eso es el disfraz, aparte necesitas cosas para la función que dependen de lo que vas a presentar. Yo creo que preparar una buena función se debe iniciar por lo menos un día antes para poder juntar las cosas. Pero el tiempo real, suponiendo que

eres profesional, es de unas cuatro horas. A mí me crece mucho la barba, así que tengo que rasurarme muy bien para luego maquillarme. Pero ahí no termina, un sábado normal o un fin de semana, que son los mejores días para trabajar, comienzo temprano, luego se da la función o las funciones y lo más pesado es quitarme el traje de 75 piezas y desmaquillarme. De entrada porque al quitarse los dos kilos de maquillaje queda la piel muy lastimada, arde, irrita los ojos. A veces, después de dar la función, tengo que regresar a la feria, entonces me tengo que desmaquillar en diez minutos.

No me gusta mi trabajo, pero a la vez sí me gusta. Sí me gusta porque es dinero fácil. Tengo compañeros a quienes les cuesta trabajo inventar chistes, hacer una rutina sin copiar lo que dicen en la tele y a mí en cambio, modestia aparte, se me facilita mucho.

Lo que menos he ganado fue una vez que me fui solo a dar una función, una fiestita en un barrio. Todo empezó mal porque ya era tarde, estaban borrachos. El tipo que me llamó me dijo: nel, no te voy a pagar, eres chafa y hazle como quieras y me pateó, me dio por acá en la cadera. Entonces corrí a mi casa y le conté a mi papá, le chiflamos a la banda de mi

cuadra. Le tocaron a la puerta “a ver hijos de su pinche madre ¿por qué no le quieren pagar?”. El tipo terminó por pagarme 200 pesos.

Lo más que he ganado fue un 30 de abril, hace unos años, donde me tocó dar seis funciones seguidas en seis escuelas y me debí ganar arriba de quince mil pesos, libres de impuestos, para mí, sin inversión, sin los sueldos de los asistentes... que se gastaron como debe ser en la renta, la luz y la cuenta del gas ☘



Ilustración: José Ventura

REGOCIJO DE LA CIUDAD QUE DESCUBRIMOS AL CAMINAR

Se llevó a cabo el primer recorrido literario del año: El viaje que no termina, por las calles de la colonia Santa María la Ribera

Al número 69 de la calle **Salvador Díaz Mirón**, en la colonia **Santa María la Ribera**, entra un hombre de aspecto desgastado. Podría decirse que se ha enfrentado a los embates del tiempo, pero continúa de pie, como el edificio al que ingresa: portezuelas de madera podrida y paredes comidas por la humedad. En la parte alta de la construcción sólo quedan las marcas, desvaídas, del antiguo **Teatro Bernardo García**. En ese lugar, hace más de cien años se fundó el Ateneo de la Juventud.

El domingo 12 de enero se llevó a cabo el primer recorrido literario del año: El viaje que no termina. En las banquetas de la Santa María la Ribera caminan, aproximadamente, 50 personas entre gente mayor, jóvenes y algunos niños, quienes participan en el ciclo organizado por la **Coordinación Nacional de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes**.

Todos siguen al escritor **Ricardo Lugo-Viñas**, quien este día funge como guía del recorrido literario. Lo escuchan hablar sobre la historia del sitio, así como de los personajes que vivieron ahí y que fueron parte importante para la cultura de la **Ciudad de México**.

Por las calles de esta colonia pasaron **Alfonso Reyes**, **Antonio Caso**, **Pedro Henríquez Ureña**, **Ricardo Gómez Robelo** y **Alfonso Cravioto**, pero también aquí se inspiraron grandes personalidades del arte y la cultura nacionales, como los poetas **Jaime Sabines** y **Ramón López Velarde**, el pintor **Gerardo Murillo Dr. Atl**, o el compositor **José Alfredo Jiménez**, o Fello, como lo conocían en la zona antes de que fuera famoso.

“Los asistentes al recorrido imaginan sus mejores épocas a través de las historias”

Resulta curioso que en esta colonia donde se formó el **Ateneo de la Juventud** viviera el ingeniero **Agustín Aragón** y León, integrante del grupo de **Los Científicos** –contrario al Ateneo– y artífice de que el **Quiosco Morisco** se ubique en la Alameda de Santa María la Ribera, pues lo solicitó a **Porfirio Díaz**, después de que lo quitó de la **Alameda Central**, para verlo desde su casa, a un lado del parque.

Así, mientras la gente avanza, también hace un recorrido por diferentes épocas de la ciudad, ya que la Santa María la Ribera fue uno de los primeros asentamientos urbanos, inaugurado a mediados del siglo XIX.

“Aquí vivió la poeta **Enriqueta Camarillo**, la única mujer del movimiento modernista, y quien, además, debía firmar sus poemas como **Iván Moszkowski**”, refiere el coordinador de la visita literaria.

La gente volteaba hacia la calle **Jaime Torres Bodet**, antes **Ciprés**, y ve una fachada blanca que no busca protagonismo. Este lugar no solo es importante por haber sido la vivienda de la mencionada poeta, apunta **Lugo-Viñas**, sino además porque ella concedió esta edificación para que fuera la sede de la **Casa del Estudiante Sinaloense**. Años después sería uno de los escenarios del Halconazo, el 10 de junio de 1971.

Es indudable la pérdida de esplendor de la colonia. Las miradas de los asistentes al recorrido imaginan sus mejores épocas a través de las historias que el escritor narra. No obstante, la realidad les muestra calles sucias en algunos trayectos y edificios a punto de caer, pero que no ceden, porque si lo hicieran, con ellos se iría un poco de historia.

El escritor considera que la actual situación de la Santa María la Ribera se debe a tres aspectos: el auge de las colonias **Roma**, **Condesa** y **Juárez** después de la Revolución;

la construcción de ejes viales cercanos, lo que significó la demolición de casonas e infraestructura porfirianas, y el sismo de 1985, que provocó la llegada y el hacinamiento de personas que perdieron sus viviendas en el **Centro Histórico** de la capital.

Los recorridos literarios son una posibilidad para que la gente establezca vínculos entre la literatura y su ciudad. A partir de ellos, los participantes ubican con claridad a escritores y figuras históricas, y se dan cuenta que son más que nombres de calles.

“Mientras la gente avanza, también hace un recorrido por diferentes épocas”

Jaime Sabines escribió sobre esta colonia donde vivió algún tiempo: “Con la flor del domingo ensartada en el pelo, pasean en la alameda antigua. La ropa limpia, el baño reciente, peinadas y planchadas, caminan, por entre los niños y los globos, y charlan y hacen amistades, y hasta escuchan la música que en el quiosco de la Alameda de Santa María reúne a los sobrevivientes de la semana”.

A inicios de 2017, los sobrevivientes de los ajeteos ciudadanos recorren la Santa María la Ribera, descubren los entresijos de sus calles y disfrutan de su rico crisol de experiencias sociales, históricas y literarias. Ricardo Lugo-Viñas sostiene que los participantes asisten “a un paseo que es regocijo y conocimiento de la Ciudad de México” ☘

Diccionario breve de MEXICANISMOS

Ajonjolí:•ajonjolí de todos los moles. loc. 1. Entrometido. || 2. Presente en toda ocasión. || como el ajonjolí, que en todos los moles anda. loc. adv. [Ser] entrometido, [estar] presente en todas las fiestas.

Baile:•baile de cuota. m. Baile en que los que desean entrar contribuyen a los gastos. || baile de disfr-

ces. Baile en que los asistentes van vestidos según el estilo de otra época, de otro país o de alguna ocupación, o disfrazados de un personaje histórico o literario, o de un animal [DRAE: baile de trajes]. || baile y cochino, el del vecino. ref. No conviene tener fiestas en la casa propia; que las organicen otros y ellos tengan las molestias que ocasiona tener invitados.

Bataclán:•(Del francés *bataclan* [1761] 'conjunto de objetos para cierto uso; equipo complicado o ridículo', de origen onomatopéyico.) m. Fiesta u orgía con desorden y tumulto.

Bodorrio:•(Del español *bodorrio* 'bodajo, boda desigual', de boda.) m. Fiesta desordenada y ruidosa.

Bomba:•Versos festivos que en el Sureste se improvisan durante las fiestas populares. Con frecuencia tienen doble sentido. He aquí una muestra: "Si tienes hijas bonitas / de costumbres disolutas, / eres pobre porque quieres: pon una casa de modas"

Chambelán:•(Del náhuatl *huehuetzin* 'viejo', de *huehue* 'viejo' [raíz: *hue-*, *huey* 'viejo'] + *-tzin*, diminutivo.) m. Viejo que dirige las danzas en las fiestas de pueblo (compárese danza de los huehuenches). | ora sí que el mejor huehuenche se ha quedado sin bailar, o: el mejor danzante se quedó sin bailar. ref.

Huehuenche:•(De *pachanga*, cierta danza cubana.) f. Diversión bulliciosa, fiesta.

Pachanga:•(De *pachanga*, cierta danza cubana.) f. Diversión bulliciosa, fiesta.



LA FIESTA Y LA PRESERVACIÓN DE LA IDENTIDAD CULTURAL



“Durante el carnaval no hay otra vida que la del carnaval. Es imposible escapar, porque el carnaval no tiene ninguna frontera espacial. En el curso de la fiesta sólo puede vivirse de acuerdo a sus leyes, es decir de acuerdo a las leyes de la libertad”

Mijail Bajtin

SIMÓN MARTÍNEZ UBARNEZ
Vive en la colonia

El concepto de identidad cultural es como el árbol centenario de cualquier plaza pública: está allí hace muchas décadas, ha cambiado su follaje cada otoño, sus ramas han cambiado; no se conserva idéntico a hace veinte años, aunque es el mismo árbol de hace veinte años: referente físico y social, de encuentros, recuerdos y memorias de los habitantes del pueblo. El árbol ha cambiado, pero se mantiene el mismo. Igual sucede con la bahía o el puerto de cualquier ciudad, es el mismo puerto con el mismo mar de siempre, pero diferente. Siempre está cambiando. Y qué decir de las personas, siempre las mismas, con unos rasgos biológicos, genéticos, psicológicos y señales particulares propias, pero siempre cambiando. Igual sucede con la identidad cultural, siempre la misma, con sus elementos tangibles e intangibles, valores, fundamentos e imaginarios, pero siempre cambiante, aunque lo esencial permanezca.

Por ser ante todo una dimensión psicológica, la identidad brota y se mantiene por la sinceridad y autenticidad de las personas que, aunque lleguen a adquirir una información, un conocimiento, una educación y una vivencia experiencial que le abre el horizonte de valores universales o de otras culturas, siguen manteniendo como algo sólido los basamentos de su cultura de origen, esforzándose para no perderlos, a pesar de la tensión y el conflicto que representa el hecho de la descontextualización o el encontrarse fuera del hecho siempre naciente de la cultura de referencia y encontrarse en cambio, asediado por los valores de una cultura receptora que le es extraña, y le convierte permanentemente en “extranjero”. O también cuando puesta en escena, la cultura propia debe compartir desempeño con manifestaciones de otras referencias que pueden ser maquilladas mediáticamente y ofertadas como sucedáneas de los valores propios, que son relegados o aplazados; especialmente en una sociedad de consumo, en donde los medios y la publicidad ejercen una función devastadora sobre las culturas locales, consideradas exóticas.

La preservación de la identidad requiere que los pueblos y los grupos sociales dispongan de mecanismos propios para exaltar y enaltecer los valores propios de su identidad y su cultura, además de la creación de escenarios de representación, en donde la memoria patrimonial se coloque y exalte, y que el colectivo la disfrute encontrando en ella un mundo de significaciones valiosas, que lo vinculan, cohesionan y comprometen.

La fiesta en la historia

Entre esos escenarios, las celebraciones, los ritos, los festejos, las fiestas y festivales, constituyen ejemplos dignos de mención, porque son contextos en donde la expresión cultural se manifiesta en una diversidad de expresiones que permiten apreciarla en toda su riqueza. Pero al mismo tiempo, los ritos y las fiestas cumplen una función social de vital importancia, como fuerza de cohesión de los elementos propios de la comunidad o del grupo social, dentro del cual, cada quien cumple un rol determinante para los otros.

En uno de los diálogos de El principito, la inmortal obra de Antoine de Saint-Exupéry, la zorra le habla al Principito de la importancia que tienen los ritos para quienes hacen parte de un determinado contexto. Para hacerse entender, habla desde su propia experiencia, contándole que los cazadores del pueblo celebran una fiesta todos los jueves, durante la cual se concentran y olvidan de cualquier otro tipo de actividad; pero esta circunstancia es la que le permite a ella salir a comer gallinas sin el temor de ser cazada. Si no existiera ese rito de los cazadores, ella se vería en apuros para alimentarse, pues no podría cazar gallinas los jueves.

La fiesta, asumida como el conjunto de actos y diversiones que se organizan para el regocijo público, como cualquier otra circunstancia en donde la cultura es puesta en escena, debe ser entendida como un gran espacio de interacción social en donde tiene lugar el comportamiento de comunicación global de un colectivo de sujetos relacionados entre sí. Como toda forma y convención de interacción social, las fiestas están marcadas por la cultura y la historia, y en consecuencia, sujetas a un cambio permanente.

En la interacción social propiciada por el ambiente festivo, los individuos se influyen mutuamente y adaptan su comportamiento frente a los demás. Cada individuo va forjando su identidad específica en la interacción con los demás miembros de la sociedad en la que tiene que acreditarse. Pero también, la fiesta es el escenario más propicio para la socialización de mecanismos e instituciones culturales, a través de la danza, por ejemplo, el baile, los rituales, el juego y otras formas culturales de interacción y para enriquecer los valores propios de la identidad, mediante la agregación de elementos accesorios que no afecten su naturaleza y esencia, pero la acrecientan.

El origen ritual de las fiestas primitivas está asociado a la conformación de escenarios en donde el hombre buscaba expresar su identificación con

el medio y lo trascendente, por eso tienen un sentido inicialmente religioso. Cuando los primeros humanos descubrieron su capacidad de imitar los sonidos de la naturaleza diferenciándolos de los que constituían la estructura de su lenguaje, se dio origen a la música, que entra a hacer parte esencial de la fiesta, desde el momento en que el hombre concibe el cielo como una gran bóveda, en la cual los sonidos resuenan en todo su territorio, como una forma de comunicación con realidades trascendentes.

El origen religioso de la fiesta, parece ser algo indiscutible, pues siempre se ha visto esta tendencia social, como una actitud del hombre a responder a los dioses y agradecer sus bendiciones.

Las ciudades antiguas se fundan conforme a unos ritos, que en el pensamiento de los fundadores buscan mantener en su interior a los dioses nacionales. Los rituales de fundación debían renovarse cada año; se hacía mediante las fiestas del día natal, que todos los ciudadanos debían celebrar. Igual ocurría con los nacimientos de las personas, que originaron los natalicios, junto con otros sucesos importantes para el grupo social, que fueron considerados dignos de celebrar. Los natalicios, surgen del nombre de una fiesta originalmente celebrada en Roma el 21 de abril, con el nombre de la parilia, que posteriormente pasó a llamarse Natalis Romae y que no era otra cosa que el aniversario de fundación o natalicio de la ciudad.

Así, para los antiguos todo lo sagrado era pretexto para una fiesta. De esa manera, la fiesta primitiva va incorporando a la celebración religiosa los elementos culturales de la lúdica y la recreación cotidiana, dándoles a la fiesta un sentido social, participativo y alegre, en la medida que exige hacer todo en público y abre la opción de la participación de todos con entusiasmo que en muchos casos llega al paroxismo.

Fiesta e identidad cultural

A pesar de los esfuerzos iniciales de la jerarquía católica, los actos de celebración de la fiesta empezaron a combinar elementos religiosos con elementos profanos, como la lúdica, la danza, la música, el teatro y otros elementos propios de la cultura local, que con el tiempo entraron a restar espacio e importancia a los elementos religiosos, dando origen a las fiestas puramente profanas.

Con la fiesta profana aparece también el festival, que significa fiesta valiosa o fiesta grande (de: Festis y valere), mediante el cual se busca exaltar una expresión, generalmente creativa, artesanal, folclórica o artística de un medio o un sector de creadores, especialmente de artistas (cine, danza, teatro, música, cuento, poesía, etc.) y en general de aspectos de la cultura local o regional, del folclor y la identidad cultural de una región o país.

El reconocimiento y afirmación de las culturas locales y regionales por medio de los diferentes escenarios festivos y el fortalecimiento de la capacidad de gestión de sus líderes, promotores, gestores, administradores y difusores culturales; así como el apoyo sostenible a las propuestas creativas de los productores culturales se constituye para éstos en una alternativa de supervivencia, frente a las amenazas representadas por la avalancha de propuestas globalizantes impulsadas por una cultura transnacional dominante, que busca borrar todo asomo de diferenciación y propiciar de esa manera el emparejamiento de gustos, prácticas, hábitos y consumos que generen mayores dividendos a las industrias culturales.

El intercambio que se da en los diálogos interculturales propiciados por la fiesta posibilita consolidar la identidad de los pueblos, en la medida que los grupos sociales encuentran el camino propicio para afirmarse en lo que son y marcar diferencia con lo que no son. Desde ese punto de vista, la fiesta posibilita auto-reconocerse en la diferenciación con la cultura del otro, en los espacios de confrontación que la fiesta o el espacio festivo posibilitan. Y desde esa perspectiva, se constituye en un mecanismo de defensa frente a cualquier amenaza o riesgo de desaparición.

Pero para que la fiesta sea escenario de construcción, afirmación preservación y fortalecimiento de identidad, y al mismo tiempo medio de afirmación social de los grupos humanos, es indispensable que se le presente y defienda en su sentido original, como espacio cultural, en donde se exaltan los factores identificadores de la cultura local y estos sean ofrecidos a propios y extraños como elementos propios, que revelan su propio rostro para que la comunidad local o regional encuentre en ellos el reflejo de su propio ser y de su ethos y sean reconocidos, valorados y respetados por los demás.

Es en ese sentido como la fiesta cumple la función social que le corresponde como protectora y guardiana de la identidad, que la escenifica y fortalece sin desvirtuarse ofreciéndose en subasta al primer postor, que en nombre de la sociedad de consumo ofrece a cambio oropeles y abalorios. Ser conscientes de esta realidad, asumirla como compromiso de vida y luchar por defender sus postulados, es el compromiso que debe asumir todo promotor cultural que se dedique a incentivar fiestas y festivales, para que su quehacer se revierta en beneficio de su realidad y su cultura y no en instrumento al servicio de intereses extraños.

DIRECTORIO DE SALONES DE FIESTAS EN SANTA MARÍA LA RIBERA

LA SALAMANDRE

Eje 1 norte, 116
Teléfono: 3093 9070

la_salamandre@hotmail.com
www.facebook.com/Salamandrasalon

SALÓN DE FIESTAS SOCIALES DIANA

Manuel Carpio 249
Teléfono: 5547 8271

www.facebook.com/Salondefiestasdiana

ALBERTO'S

Doctor Enrique González Martínez 94 Teléfono: 5547 2244

www.facebook.com/salonalbertos

DIAMANTE AZUL

Salvador Díaz Mirón 182
Teléfono: 6262 0132

PRINCESS

Santa María La Ribera 20
Teléfono: 3611 0716

aaltermex1@yahoo.com
www.chapingo.mx/aaltermex

EVENTOS ARTÍSTICOS GYR

Doctor Atl 6
Teléfono: 5705 0178

www.facebook.com/sociales.romo